



Con perdón de Dios

Por Manel Martin's

CON PERDÓN DE DIOS

Prologo

El siglo XVI fue un siglo convulso para la nación española, el gran imperio que debían defender, menguaba la efectividad de las limitadas tropas, afortunadamente el oro recibido de las Indias ayudaba a mantener la mayor flota del mundo y con ella infundir respeto a las demás naciones.

España contaba con el apoyo de la Santa sede, lo cual era una gran ventaja para la nación, aunque la ayuda debía de ser mutua y no salía gratuita. Tras el rey mandaba el clero y la Inquisición campaba por sus respetos. Prácticamente en tiempos de Felipe III el consejero, legislador y quien verdaderamente mandaba en la Nación era el Duque de Lerma. Digamos que su majestad tenía la necesidad de nombrar consejeros y delegar sus funciones, también en Virreyes, estos en lugar de representar al rey y velar por los intereses de la corona, velaban por los suyos propios en primer lugar.

En este estado se desarrolla mi relato.

Utilizo nombres o apellidos históricos de la zona principal donde nace el relato, sin que por ello sean reales los hechos. Si lo son algunos personajes que dejaron huella, también existen en la actualidad algunos edificios de las familias mencionadas. Como el hotel en Morella.

En fin lean el relato como una novela más, sin intención de molestar ni agraviar a nadie y disfruten al leerlo como yo al escribirlo.

Manel Martin's

RGS. Safe C. 2011175912195

Preámbulo.

Es verano: el sol aprieta de lo lindo durante parte de la mañana. Me baño con mis nietos; lo que debía ser un relajante y placentero baño, con sus juegos y divertimento me agotan (yo ya no estoy para esos trotes) por fin salimos del agua. Mientras nos duchamos para quitarnos la sal, escuchamos el primer aviso de la abuela - ¡A Comer! – obedecemos con urgencia.

Al terminar de comer con sus padres y la abuela, todos ayudamos a recoger la mesa; mis dos nietos ocupan el sofá agotados por el calor y el baño, afortunadamente me queda el sillón para sentarme y reposar, (antes de que sea ocupado).

La televisión deja de emitir, un tufillo a cable quemado sale del interior y la desenchufa, es domingo y no hay servicio de averías. Los chicos se aburren, no han traído la table, al momento dice el pequeño (Héctor).- Abuelo ¿Por qué no me cuentas alguna historia de las tuyas? estoy aburrido.

- Eso abuelo cuéntanos algo – ayuda su hermano, mi nieto mayor (Guillermo).- ¡Venga! nunca tienes tiempo de contarnos nada y es propio que los abuelos cuenten sus experiencias a los nietos.

“No puedo negarme” y como dicen no les cuento nada, pues no puedo competir con dibujos animados o YouTuve y por lo tanto nunca me necesitan “es una

ocasión” pienso que se dormirán y me dejaron descansar, “tal vez haga la siesta” contesto.

- Está bien, creo que es un buen momento – mientras pensaba en las pocas ocasiones que tenía para enseñarles un poco de historia que no les vendría mal, “pues en la escuela...” En realidad esa fue mi primera idea. Con ella empecé el relato, pero sin darme cuenta mi narración se fue por otros derroteros y terminé contando, las aventuras de tres españoles que huyeron o emigraron al nuevo mundo conocido como “Las Indias” cuando en España reinaba Felipe III y los galeones cruzaban el Atlántico para regresar de las Indias cargados de riquezas, pero con el peligro constante de sostener batallas navales con Piratas o Corsarios y tal vez morir en medio del mar... Pienso, que mejor será que lo lean y decidan por si mismos.

Espero que les guste el relato como a ellos les gustó; por cierto capté su atención, no se durmieron y lo escucharon por completo.

EL AUTOR.

Con perdón de Dios.

Todo empezó un dieciocho de abril de 1599, el rey Felipe tercero contraía nupcias con Margarita de Austria en la hermosa catedral de Santa María, en Valencia.

Mientras tanto en La Fresneda, población de la zona de Matarraña provincia de Teruel, al mismo tiempo venía al mundo una niña de ascendencia judía. Su padre conocido como Isaac el judío y su madre María Burgués. Su padre en realidad tenía poco o nada de judío, aunque se apellidaba del Campo.

En realidad su padre es un médico judío cuyos antepasados abrazaron el catolicismo y es respetado en toda la población y su comarca por sus buenos remedios contra enfermedades o heridas.

La niña es bautizada con el nombre de María del Campo Burgués. Su vivienda una choza en las afueras de la población en la zona baja, rodeada de seis olivos, algunos algarrobos, animales de corral y una cuarta de tierra dedicada en su mayor parte al trigo, les ofrecen lo necesario para vivir.

Pese a que su madre procedente de una buena familia de la población, es completamente analfabeta, enseña lo poco que sabe a su hija a base de refranes, anécdotas e historias, pues aunque no sabe leer, si le han leído muchos escritos para que se durmiera; también la instruye en la religión cristiana y ambas acuden regularmente al santo oficio. Su padre dedica

parte del día, a que su hija aprenda a leer, escribir y las matemáticas. A los siete años domina la escritura y gran parte de las matemáticas. Su padre cree que ha llegado el momento de enseñarle medicina o como suele decir “el poder de las plantas que dios pone a nuestro alcance” y así la lleva consigo a recolectar todo lo necesario.

Mil seiscientos ocho, del año de nuestro señor, María cumple nueve años. Ese mismo año hay una reunión eclesiástica en la iglesia de Valderrobles donde acuden delegaciones de Tortosa, Alcañiz, Morella, Caspe, Teruel y Valencia.

La primera en abandonar la reunión, tras tres días de acuerdos y desacuerdos, es la delegación de Caspe, encabezada por el obispo Juan de Sanarriga que viaja con poca escolta solo dos soldados y dos frailes que conducen su carruaje. Al pasar cerca de La Fresneda su comitiva es asaltada y robada, se han llevado los caballos de la guardia y los baúles del obispo, dejando solo los caballos que tiran del carruaje, pues tienen más trabajo para desenganchar y tienen prisa. Solo un fraile en el suelo y el obispo en el interior del carruaje, quedan con vida pero con heridas que pueden acortársela si no se toman medidas inmediatas.

El asalto es encontrado por un labriego que tras comprobar el estado de los allí presentes, introduce al fraile en el carruaje y se dirige inmediatamente a casa de Isaac con los dos heridos.

- ¡Isaac! ¡Isaac! Ven sal.

Isaac sale corriendo de la choza - ¿Qué ocurre?

- Llevo dos heridos ayúdame a sacarlos.

Entre Isaac y Rafael sacaron a los clérigos del carruaje y los depositaron sobre sus humildes camas.

- Escucha Rafael ves a la iglesia y dile a mi mujer que la necesito, avisa también al abad Sebastián, dile lo que ha ocurrido.

Rafael salió corriendo como alma en pena, subiendo la calle cuesta arriba y llegando al pie de las escaleras que conducen a la puerta de la iglesia, sin resuello, se apoya en la pared respirando fatigosamente. María bajaba las escalinatas y Rafael como pudo le dio el mensaje de su marido. Madre e hija de la mano corrieron bajando las escaleras y la calle en pendiente hasta salir del pueblo y llegar a su casa.

Isaac había puesto agua a hervir y descubierto las heridas. El obispo había recibido un golpe de espada en el rostro con herida en frente y mejilla junto al ojo derecho; presentaba otra herida en el antebrazo seguramente al intentar parar el golpe, mientras el fraile había sido atravesado por una espada en el costado, sin tocar partes vitales.

Isaac limpiaba las heridas cuando llegó María, inmediatamente le mandó cortar unas crines de la cola al caballo y hervirlas en otro recipiente que ya estaba al fuego, tras limpiar al obispo hizo lo mismo con el fraile, dándole a continuación unas largas puntadas con el pelo de las crines para unir la herida. María puso ceniza sobre

el cosetón y un empasto que vendó cortando tiras de una tosca sábana.

Por su parte Isaac tras limpiar, cosía el antebrazo del obispo toscamente y se dedicaba a dar finas puntadas en la frente y mejilla del prelado, el cual había perdido el sentido. Un tumulto de gente se escuchó en la puerta y entró el abad de la parroquia. Isaac se volvió y dijo gritando.

- ¡Que no entre nadie!
- Isaac soy el padre Sebastián.
- Padre es mejor que no entre nadie, por favor que desalojen la puerta me tapan la luz.
- Entiendo ¿necesitas alguna cosa?
- Después hablamos, ahora por favor no quiero a nadie dentro, dejen la puerta libre.

El abad se dedicó a impedir tumultos y organizó una partida para recoger los muertos y el resto del asalto, poniendo a Rafael al mando de la partida.

Más tarde salía María – padre, Isaac ya ha terminado puede pasar, por favor usted solo.

Isaac se lavaba las manos, el cura vio el interior de la choza y dijo.

- ¿Esas son sus camas? (en realidad solo eran unos troncos con tablones sobre ellos y paja tapada por toscas mantas)
- Si el obispo ocupa la mía y el fraile la de mi hija.
- ¿Nos los podemos llevar?

- No lo creo conveniente, debo vigilar las heridas unos días y el fraile podría fallecer.

- ¿Ustedes donde dormirán?

- Padre nuestra cama siempre es dura esté en alto o en el suelo, ahora rece por su eminencia y el hermano.

- Les mandaremos comida y abrigo

- Gracias padre.

- El fraile despertó y al ver al cura lo llamó. ¡Padre! ¡Padre! Hay que avisar al obispo de Alcañiz, está en Valderrobles y no tardará en partir. También el de Teruel.

- Sebastián acudió a la casa de don Juan el comendador, explicando el caso. El comendador gritó.

- ¿Como no se me ha informado antes? inmediatamente mandaré una escolta a Valderrobles ¿y su eminencia donde está?

Los han llevado a la choza de Isaac. Parece que se salvará.

Mientras partía la escolta, el comendador se dirigió a la choza con seis guardias, Isaac salió a la puerta realizando una reverencia antes de dirigirse a don Juan.

- Señor mi humilde casa es la suya.

- Déjate de bobadas yo no quiero tu casa, ¿Como está su eminencia?

- Pasad podéis verlo todavía no ha despertado, no así el hermano que ya despertó.

Don Juan observó detenidamente al obispo y dijo.

- Hay que llevarlo al palacio. Lo dispondré todo para el traslado.

